

FASCICULO 1.º



EXPLICACION E INTERPRETACION

DEL

REGLAMENTO

DE LA

ALIANZA EN JESUS POR MARIA

POR EL MISMO

FUNDADOR



Editorial Católica Guipúzcoa, S. A.
SAN SEBASTIAN



1934

NIHIL OBSTAT
DR. PETRUS DE ANASAGASTI
CENSOR

IMPRIMATUR
VICTORIAE, DIE 29 IANUARIII 1934
DR. JUSTUS ECHEGUREM
VICARIUS GENERALIS

Hay un sello que dice
OBISPADO DE VITORIA

Al Excmo. e Ilmo. Señor Doctor Don Mateo Múgica y Urrestarazu, Obispo de Vitoria, celosísimo y enamorado Protector y gran Padre de la «Alianza en Jesús por María» en prueba del más sincero agradecimiento, profunda veneración, inquebrantable adhesión, rendido acatamiento y devotísimo afecto, dedica este trabajito el más pequeño de sus sacerdotes.

El Autor

INTRODUCCIÓN

Vamos a emprender un trabajito, creyendo hacer un bien a nuestras hermanitas y en ellas a toda la Obra de la «Alianza en Jesús por María.» Si alguien en ello ve o sospecha puntillos de egoísmo le perdonamos y que nos perdone.

Nos habían asegurado muchos amigos y hermanos nuestros, que la Alianza tenía un Reglamento perfectamente claro, acabado y bien detallado en el que es fácil hallar y comprender la idea completa del espíritu de la Obra, de su vida, de sus fines, de su formación, de su organización, etc.

También nosotros la creímos así; y hasta nos pareció alguna vez, y de ello nos advirtió un ilustre personaje, que en algún respecto estábamos casi excesivamente minuciosos y cargados.

El afán de claridad y a fin de que a la larga la Obra no sufriese aflojamientos, desorientaciones y malas interpretaciones, estuvimos quizás algo pesados, recargando la nota en algunos puntos que, para nuestro modo de pensar, juzgábamos interesantes sobre los demás.

Nueve años lleva de vida y cinco años desde que se imprimió la primera edición del Reglamento. Cinco años llevamos explicando artículo por artículo las partes más interesantes del mismo, ya en días de retiro, ya en Ejercicios Espirituales, ya en la revista «Lilium», y hasta en cartas particulares; y no obstante el Reglamento de la Alianza no es todavía por todas bien entendido.

Cada día que la Obra avanza, y gracias a Dios avanza rápidamente, surgen dificultades, dudas, obscuridades, acerca de la interpretación o aplicación del Reglamento a las hermanitas que ciertamente y con fundamento nos preocupan seriamente,

Si ahora que la Obra comienza, se presentan diferencias sustanciales sobre puntos que parecen claros del Reglamento en los distintos Centros, donde la Obra se ha implantado, ¿qué sucederá a los veinte o cuarenta años de su vida?

Y creemos que la Alianza no ha venido al mundo para cuatro o cinco años y por otra parte, la Obra ha de vivir siempre con la intensidad, orientación, espíritu y plan de vida que el Señor se ha dignado infundirle en su origen; de lo contrario no vemos razón alguna para que la Alianza exista en el mundo.

Debemos pues obviar estas dificultades, y declarar y determinar con la claridad que nos sea posible, el verdadero sentido de cada uno de los artículos del Reglamento.

A eso solamente obedece el trabajo que, con la gracia de Dios, y protección de nuestra Madre Inmaculada hemos comenzado.

Queremos dejar manifiesto, claro y bien detallado el verdadero y único alcance y

significación que, al escribir por primera vez, quisimos dar a cada uno de los puntos de este Reglamento que hoy, con la experiencia del tiempo transcurrido, lo queremos confirmar.

Rogamos muy encarecidamente a nuestros amadísimos Directores, cooperadores y hermanitas, nos perdonen las muchas repeticiones en que necesariamente habremos de incurrir, puesto que no tratamos de presentar una Obra literaria, para lo que no tenemos capacidad ni voluntad en este caso, sino tan solamente, que la Alianza J. M. se mantenga al través de los tiempos en que Dios quiera que exista, en la misma pureza, elevación, sentido, orientación y perfección que al presente contiene y en ella vivan las hermanitas futuras con el mismo espíritu, fervor, ideales y santidad con que hoy viven las primeras.

Puesta la mira en este objetivo, sacrificamos todo por conseguirlo.

San Sebastián fiesta de la Epifanía de 1934

PRIMERA PARTE

Sección primera

DE LA ALIANZA EN GENERAL

CAPÍTULO PRIMERO

DEFINICIÓN DE LA OBRA

Artículo 1.º - «Alianza en Jesús por María» es: LA UNIÓN DE LAS ALMAS PURAS EN CUERPO Y ALMA CONSAGRADAS A JESÚS EN EL SIGLO, QUE ASPIRANDO EFICAZMENTE A LA PERFECCIÓN BUSCAN POR TODOS LOS MEDIOS EL TRIUNFO Y EL REINADO DE LA PUREZA ANGÉLICA Y DEL AMOR A JESÚS EN SÍ Y EN LOS DEMÁS.

I

UNIÓN DE ALMAS

Queremos comenzar esta explicación repitiendo unas palabras que escribimos en la introducción al Reglamento de la Obra.

Decíamos allí: Vivimos en el siglo de las grandes asociaciones, agrupaciones, federaciones, y sindicatos. Lo mismo patronos que obreros, fabricantes y oficinistas... todos buscan el mutuo arrimo...

Y bien ¿por qué las almas que han puesto sus ojos en sólo Jesucristo, en su servicio y en su amor, no han de federarse en Él? ¿Por qué la virginidad no ha de unirse en una especial alianza, y en ella formar su propio ambiente, sus mutuas expansiones, su inmenso lazo de intimidad...?

En una palabra, ¿por qué esas almas diseminadas en el mundo, no han de formar

una inmensa Comunidad, pero viviendo cada uno en su casa, en su taller, en su fábrica, en su aposento, y muchas veces en su lecho de dolor?»

De ahí que la primera palabra de nuestro Reglamento sea: UNIÓN. Y queremos que lo sea también en nuestra mente y en el corazón de todas las hermanitas.

Uno de los objetos principales de esta Obra es, pues, establecer entre las almas que en el siglo aspiran a una vida perfecta, la más íntima, eficaz y espiritual relación.

Que las almas diseminadas y aisladas en los distintos pueblos, muchas de ellas esclavas del trabajo y otras víctimas del dolor y de la enfermedad, hallen el consuelo de la verdadera amistad, comunicación, relación y unión con otras que viven como ellas, para ser las unas para las otras mutuo auxilio, báculo, ayuda, consuelo, aliento, apoyo, luz y guía en las luchas tanto corpo -

rales como espirituales de su vida.

Decimos unión de ALMAS, porque esta unión, principalmente es *unión espiritual*; sin embargo no prescinde por completo de la unión corporal.

Bien es cierto que las hermanitas no viven vida de comunidad como los religiosos; vive cada una sin cambiar en nada su ruta, su plan de vida seglar, cada una en su casa, en su oficio, carrera.

Pero también es cierto y muy digno de tener en cuenta, que las hermanitas deben unirse aun corporalmente en sus Centros-retiros, con la mayor frecuencia que sea posible, caso de no estar impedidas por largas distancias, enfermedades, dificultades de familia, etc.

Para que sea eficaz, segura, y de mucho arraigo la unión espiritual, es necesario que las hermanitas hagan hasta un imposible para encontrarse en sus locales, pórticos de su parroquia, incluso en la esqui-

na de la calle, o encrucijadas de los caminos.

Hermanita que huye de su hermanita, lleva seguro indicio de un pronto fracaso.

No obstante nunca esto sirva de motivo para organizar movimientos y desplazamientos de numerosos grupos de unos Centros a otros. Estas reuniones ruidosas al lado de las ventajas que pueden tener, no dejan de traer para ellas y para la Obra graves desventajas.

Unión corporal para fomentar más intensamente la unión espiritual y sobrenatural. Unión de almas, unión de inteligencias, unión de criterio, unión de amor, unión de corazones.

Las hermanitas deben sacrificar todo pensamiento, opinión, idea personal, a fin de que todas tengan un sólo pensamiento, opinión e idea, y lleguen a la más perfecta y completa compenetración y unión entre ellas en la vida de la Obra.

Sea esta unión interna, perfecta, sin escape, y rendida al Reglamento, a sus interpretaciones, disposiciones, y a la jerarquía de los respectivos Consejos.

La hermanita que no se une, que huye, vive sola, a base de su propio capricho, de su propio juicio, sin regla, ni norma, víctima de sus veleidades que cambiarán cada mañana y cada noche, que en el exceso de su egoísmo no cree en ninguna orientación fuera de la propia, no debe ser aliada.

La Alianza une a sus hermanitas en una sola voluntad, en un sólo corazón, en un sólo amor. Esta unión consiste en salirse de sí, de su juicio, de su capricho, y entrar de lleno, incondicionalmente, a una todas, en el Reglamento a base de mucho sacrificio.

La Alianza es una y allí todo es uno, queda fuera el yo de cada una y queda un sólo Yo, el Yo de la Alianza, interpretado y manifestado por los respectivos Consejos.

Toda hermanita viene a la Alianza trayendo en su lengua y en su corazón las palabras de la Virgen de Nazaret: «Ecce ancilla Domini»,.. Aquí dejo mi juicio, mi parecer, mi gusto, mi voluntad, mi corazón... soy esclava de la Alianza. Esto es unirse; aquí los corazones se funden, se pierden y constituyen uno sólo; en la Alianza no hay más que un corazón, no hay más que un amor.

La cadena del escudo simboliza la unión; allí los eslabones están unidos, no hay extremos, no hay separaciones, no hay distinciones, ni preferencias; lo mismo se mira a las de arriba que a las de abajo; van del brazo la señorita encopetada y la muchacha de servicio; viven confundidas y unidas el sombrero y la mantilla, el zapato de lujo y la alpargata. Esta unión evita antipatías, susceptibilidades, chismorrerías; aquí todo se sacrifica.

Sabemos que llegar a esta perfección -

de unión es algo difícil, pero la Alianza va a eso, *lo tiene dentro*; sin ello no puede de existir; la Alianza se sostiene por esta unión, ahí está toda su fuerza.

Quien tratara de examinar esta unión tan sólo por lo que exteriormente se deja ver: boletines, medallas, crucifijos, etc. se equivocaría. Todo eso es muy externo, superficial, y nada vale si no va acompañado de la otra unión que arranca del espíritu.

A toda aspirante que desea entrar en la Obra debe hacérsele este interrogatorio: ¿Quiere Vd. *entrar* en la Alianza? ¿Quiere Vd. *salir* primero de sí misma? ¿Podrá Vd. *entregarse*? ¿Sabe Vd. lo que es entregarse, darse, etc.? ¿Sabe Vd. que aquí no existen gustos personales, que no hay más que un gusto, el gusto de la Alianza, el gusto de Jesús?

Hoy prima el egoísmo más refinado, la idolatría del yo; todo el mundo quiere ser grande, feliz, admirado, servido, casi adora —

do; el *egoísmo*. La oposición de esto es la Alianza.

Para eso se precisa unión, unión perfecta, rendida, abnegada, sacrificada, plena, absoluta; de uniforme o de vestidos, haga cada cual su gusto, siga su costumbre; vayan unas de sombrero y otras de mantilla; pero dentro, en el secreto de su corazón, crean y entiendan que son completamente iguales, que no hay grandes y chicas, ni ricas ni pobres.

Exteriormente nos agradan los contrastes; que haya grandes y pequeñas; pero en el secreto de su alma sepan que son *hermanitas pequeñas* y que todas igualmente pequeñas se aman y se abrazan.

II

DE ALMAS PURAS

La Alianza J. M. es a modo de un estado de vida religiosa practicada por personas que viven en el mundo.

La Alianza selecciona todas aquellas doncellas fervorosas, de modo especial jóvenes, (si bien no prescinde de las de edad madura ni siquiera de castas viudas) que, generosamente y de veras, quieren consagrarse al Señor en perfecta castidad, por amor al Divino Esposo y por amor a esta angelical virtud.

La Alianza ha fijado su atención con preferencia en esta clase de almas:

1.º) Porque entiende que es ella una de las más perseguidas por el espíritu mundano, saturado de paganismo y, por lo tanto, una de las más necesitadas de ambiente espiritual

de elevación sobrenatural, de formación profunda en el ejercicio de las virtudes, de la piedad, de oración, de vida interior, presencia de Dios, amor a la Eucaristía, y al mismo tiempo de acción sólida en la práctica de la mortificación, de vencimiento propio, de apartamiento del mundo, de modestia, de castidad.

2º) La Alianza es una copia de la vida religiosa practicada en el mundo. Ésta para formar sus comunidades, necesita hacer rigurosa selección entre las aspirantes a aquel género de vida, a base de una sólida vocación, determinada edad, amor a la virginidad, al retiro, a la piedad, buen carácter, índole, flexibilidad, etc.

Y aquella, hechas las debidas salvedades y distinciones, necesariamente deberá tener en cuenta estos o parecidos puntos de vista en la selección de sus aspirantes a base de una especial vocación a

la perfecta castidad, edad proporcionada, amor a la vida retirada, etc.

En el capítulo VI-Admisión y baja en la Obra- hemos de tratar con amplitud y al detalle, de este interesante punto por eso aquí la dejamos solamente insinuado.

3.º) Como en la Alianza es punto esencialísimo la unión más perfecta e íntima entre las asociadas, para que ésta sea, como debe de ser, verdadera unión, la más perfecta, la más íntima, la más fácil, completa, acabada e igual, debe ella establecerse entre almas de una misma vida, de un mismo estado, de un mismo ideal, de un mismo amor, plan, fines... (1)

De esta selección depende la eficacia de aquella unión y de ella el cumplimiento de los ideales de la Alianza.

(1) Y con esto respondemos a la siguiente pregunta: ¿Puede una Aliada ser terciaria? Toda Aliada puede ser terciaria pero no toda terciaria puede ser Aliada.

Por eso la Alianza para vivir su especial Vida en la más elevada perfección limita su campo a una reducida y selecta clase de almas. Y éstas son, como decimos, las doncellas puras que por amor a Dios y a la pureza, renuncian al mundo y abrazan la virtud.

III

EN CUERPO Y ALMA CONSAGRADAS A JESÚS

Esta palabra como otras muchas, nos la ha robado el mundo para aplicarla a cosas puramente profanas y, algunas veces, del todo inconvenientes.

Dícese que fulano se ha consagrado a los libros, a la música, al comercio; que una madre está consagrada a la familia, a sus hijos; que una maestra está consagrada a su escuela, a sus niñas, etc. ¿Y qué se da a entender con eso? Que ese hombre, esa madre, esa maestra están en cuerpo y alma, totalmente, exclusivamente, dedicados, entregados respectivamente a los libros, a la familia, a la escuela; que esa es su máxima, su única preocupación.

Se dice también una iglesia consagrada, un cáliz consagrado, lo cual significa que esa iglesia, ese cáliz están dedicados con ceremonia especial exclusivamente al culto divino, de tal manera que es ilícito y sacrílego aplicarlas a usos profanos.

De la misma manera dicese que una persona se consagra a Dios, significándose con ello, que está ofrecida, dedicada total y exclusivamente al servicio de Dios.

Como se ve, esta palabra *consagración* envuelve dos términos, dos elementos: *positivo y exclusivo*; es decir: *consagrarse* es ofrecerse, entregarse, dedicarse positivamente, y al mismo tiempo, exclusivamente, únicamente, totalmente a Dios.

Este es el verdadero sentido de esta palabra. Esa es la consagración de una hermanita en la «Alianza en Jesús por María». *Darse y darse exclusivamente* a Jesús.

Hoy encontramos actos de consagración de todos los gustos y tamaños en devocionarios, hojitas, estampas y hasta en periódicos. Y se leen y se repiten al día cien veces... ¿Pero sabrán muchas almas lo que dicen?

Después de una Comunión, al final de una novena se dice muchas veces un acto de consagración a Jesús, a la Virgen, etcétera ¿se sabe siempre lo que se dice, lo que se hace, a qué se compromete?

Al decir, pues, en la definición: en cuerpo y alma **CONSAGRADAS** a Jesús, entiendan las hermanitas, que esta consagración no es sólo la recitación de una de tantas fórmulas; es más, mucho más, es un acto positivo, una entrega verdad y total de todo su ser, una dedicación entera y exclusiva a Jesús de su alma y de su cuerpo.

La Alianza está constituida solamente de almas consagradas con voto firme de castidad a Dios, renunciando a

todos los demás estados, amores y cosas de la tierra en cuerpo y alma, todo lo que son todo lo que pueden, todo lo que hacen.

Es preciso conocer bien el alcance de estas palabras y meditarlas a menudo y seriamente, y vivirlas.

La hermanita es y debe ser siempre como un cáliz, el cual, después que se ha consagrado con ceremonia especial por el Sr. Obispo, sólo sirve para contener la sangre de Jesucristo durante el Santo Sacrificio, sólo para eso, y para nada más, y sólo pueden usarlo los sacerdotes, porque es un objeto consagrado y dedicado exclusivamente a Dios. Si un seglar lo coge, lo lleva a una taberna y bebe vino de él, como hizo en un festín Baltasar con los vasos sagrados, robados por su padre del Templo de Jerusalén, lo han hecho posterior tantos criminales, comete aquel una profanación, un grave sacrilegio.

Así es una aliada, una persona consagrada, una virgen, un alma pura que totalmente, cuerpo y alma, potencias y sentidos, todo lo que es, está dedicada, entregada, ofrecida, destinada para el servicio de Dios, toda para Dios, sola para Dios. Y tanto es así que autores muy competentes aseguran, que un acto inmoral con una persona así consagrada a Dios constituiría una profanación, un verdadero sacrilegio.

Decid hermanitas con inmensa satisfacción de vuestra alma: «soy una alma consagrada a Jesús, soy un cáliz, soy un templo consagrado a Jesús.»

Si bien meditáis sobre esta prerrogativa, si la comprendéis, y la ponderáis os cuidareis bien de derramaros demasiado en cosas mundanas, terrenas, profanas y peligrosas.

Si vuestro cuerpo es templo de Dios, si vuestro corazón es cáliz divino, si vuestra

alma es hostia pura que se inmola con Jesús y por Jesús, sabréis guardar cerrado y adornado el templo con la santa modestia, purísimo, brillantísimo el cáliz de vuestro corazón y abrasada en la hoguera del más ardiente amor vuestra alma virginal.

No habrá entonces necesidad de recordaros tan a menudo las normas especiales que a este respecto se detallan en el Reglamento de la Alianza. Bastará que traigáis a la memoria por la noche y por la mañana las palabras que estamos comentando. Aunque vista yo de seglar y viva en el mundo y trabaje en el taller o en el campo, mi cuerpo, mi corazón, mi alma, y todo mi ser está consagrado a Jesús.

Es fácil distinguir esta prerrogativa en las personas encerradas en los claustros, a quienes hasta el hábito las distingue y las separa del mundo y del contacto de personas impertinentes y de objetos inconvenientes;

viven relativamente seguras, respetadas y reverenciadas.

No así las hermanitas de la Alianza que viven y trabajan en fábricas, talleres, oficinas, heredades, confundidas con todas las demás personas seculares; y no obstante, prescindiendo de ciertas solemnidades que la iglesia reserva para estos actos, quedan privadamente consagradas, y ofrecidas a Jesús, como si fuesen religiosas.

La hermanita, pues, desde que hace su consagración al recibir la medalla, es **TODA DE JESÚS, SOLA DE JESÚS, PARA SOLO JESÚS.**

IV

EN EL SIGLO

De lo dicho en el párrafo anterior podríase tal vez deducir que la Alianza es una congregación religiosa.

Y en verdad, si se examina detenidamente y en su fondo el espíritu de la Obra, hallaremos perfectísima armonía con el espíritu de la vida religiosa. Se parecen porque en el rigor esencialmente son lo mismo.

Sin embargo, como en varios artículos del Reglamento hacemos constar, la Alianza no es, no debe ser, no será nunca por voluntad de su fundador, Congregación propiamente religiosa.

Conviene tener esto muy en cuenta y que se sepa una vez para siempre, que la Alianza es una *simple asociación piadosa pura*

-mente seglar, sin más pretensiones ni títulos que la distinguan; y aunque más tarde algunas hermanitas llegaran a vivir unidas, desligadas de los lazos y compromisos de familia, nunca tal vida podría constituir vida propiamente religiosa.

La Alianza es un ejército de almas religiosísimas, ¿quién lo duda? sin ostentar, sin embargo, oficialmente tal título, sin convento, ni comunidad en el sentido riguroso de la palabra; almas consagradas, derramadas, en el mundo, cálices ambulantes, Marías de Nazaret, que corren las montañas, valles y calles y hacen servicios domésticos en casa de Zacarías y de Isabel; sagrarios vivos, porta-dioses que en el secreto de su vida sencilla y seglar llevan escondidos los misterios divinos al través de un mundo pagano y corrompido.

Y ¿por qué no? ¿Es acaso necesario que un alma consagrada a Dios por el mero hecho de serlo, tenga que encerrarse en un

claustro? ¿No puede acaso tener el Señor, almas entregadas a Él del todo viviendo en medio del mundo, trabajando en el taller, en la escuela, en la cocina, en la heredad? ¿Acaso Jesús no es Señor y Dueño de la tierra, de su plenitud, de todo el universo y de cuanto en él habita? ¿No tendrá El poder de tomar un alma y hacerla suya y conservarla en medio del fuego de Babilonia?

En todas partes y lugares puede haber, y conviene que haya, almas muy de Dios, completamente de Dios. Por eso decimos «en el siglo», en medio del mundo vida celestial, en medio del paganismo vida puramente divina, sobrenatural, en medio de la corrupción de la carne, vida angélica y virginal.

Consuela tanto ver en medio de un mundo de obreros, en una fábrica, por ejemplo, almas ricas, totalmente y exclusivamente consagradas a Dios; entre miradas atrevidas y provocativas, ojos mo --

modestos consagrados a Jesús; entre tantas manos pecadoras que trabajan ennegrecidas entre máquinas, unas manos puras consagradas a Jesús, consagrándole juntamente su labor, sus fatigas y sus sudores.

Estas son las hermanitas. Esta es la Alianza viviendo en el siglo. Ahí, sí, metida en el mundo, en el ruido, en el fango; ahí consagradas a Jesús; ahí donde abundan tantas almas consagradas al demonio, entregadas a Satán, puestas a su servicio con solemne juramento, vendidas a él, hechas sus miserables esclavas, ahí mismo, a su lado, en medio de ellas, otras almas entregadas, consagradas con solemne juramento a Jesús. ¿O es acaso Jesús un Dios frustrado? No por cierto. Y si es verdad ¡triste verdad! que Satán tiene esparcidas en todo el mundo almas entregadas a él en espantosa esclavitud, codeándose con ellas, tiene Jesús las suyas, consagradas a su Amor.

V

**ASPIRAN EFICAZMENTE A LA
PERFECCIÓN**

No estará sobrado aquí el comentario que a este punto hemos puesto en el Reglamento. Helo aquí:

«La Alianza no es ni deberá ser nunca una simple cofradía o hermandad, cuya sola aspiración sea el culto particular de algún santo, por medio de oraciones aprobadas, con miras, a lo sumo, de gozar de ciertos privilegios o de lucrar algunas indulgencias. La Alianza es una federación de almas generosas, que, saliendo de la línea ordinaria y corriente de la vida cristiana, en que vive la turba magna de almas a medias, quieren remontar el vuelo a regiones más altas, más cálidas y más puras.

La Alianza es un ejército de almas valientes que vienen a declarar guerra sin cuartel al mundo con sus pompas y vanidades, al demonio con sus engaños y mentiras y a la carne con sus concupiscencias y bajas pasiones, para entronizar en su corazón, como único Rey y Señor a Jesús Amado. La Alianza es un riquísimo y delicado jardín de azucenas, rosas y violetas, que, ayudadas de la gracia de Dios, nunca jamás quieren ajarse con el polvo del siglo. La Alianza es, en fin, una especie de vida religiosa en el mundo».

Lo que antecede explica bastante el significado de las palabras de la definición que interpretamos.

Conviene, sin embargo, hacer importantes aclaraciones: La Alianza no es, de hecho, una asociación o federación de almas ya perfectas y santas. No decimos que estas almas sean de hecho ya perfectas; sino -

que aspiran a la perfección. Bien que esa aspiración no deberá ser solo de meras palabras o de vagos deseos; un «yo querría», «yo desearía», «me gustaría», no tienen eficacia para hacer un santo. Buscamos al contrario, una aspiración que arranca del corazón, una resolución decidida, una voluntad generosa. Dígase valerosamente y con fuego un solemne «quiero» un «quiero» eficaz, que inmediatamente se traduce en obra; eso es aspirar eficazmente. Es un darse con todas las fuerzas del espíritu, sin peros, sin tasas, sin condiciones; es ver el ideal y lanzarse contando con la gracia de Dios... Digo la gracia de Dios, porque nosotros no llegaríamos a ser santos solo porque nos da la gana de serlo, la gracia ha de obrar con nosotros, si bien es verdad que la cooperación a esta gracia depende de nuestro libre albedrío.

De nuestra parte el primer paso a la santidad está en querer, pero un querer efi -

caz. ¿Qué tengo que hacer yo para ser santa? preguntó un día una hermana suya a Santo Tomás, y él le contestó: «Querer». Todo está, pues, en querer, en una decisión valiente, en un arranque generoso del corazón, poniendo en juego todos los medios que Dios inspira, que la Iglesia establece, que el confesor y director sugieren en los distintos períodos de la vida, y avanzando hoy y mañana y pasado sin cobardías ni desmayos. Almas que han puesto una vez la mano en el arado y no vuelven atrás.

No son así aquellas que, impulsadas momentáneamente bien por una desgracia, o por una triste despedida, bien por un toque interior experimentado en un sermón... se deciden, empiezan, quieren, se determinan; pero tanto cuánto dura la impresión superficial, el movimiento pasajero, la devoción sensible, etc. quedándose todo ello no en el fondo de la voluntad, sino en la parte sensible del corazón que muy luego se-

desvanece.

Almas buscamos que, heridas en sus más íntimas fibras por el dardo divino, generosamente se deciden, se entregan, avanzan y no vuelven atrás.

Nadie diga «yo no valgo para la Alianza porque no soy santa.» La Alianza no es solo de almas santas; es de las que eficazmente quieren ser santas. Empiezan poco a poco. La «Escuela de Jesús» es el principio; en ellas las almas pequeñas comienzan a gustar las intimidades de Jesús. Siguen las aspirantes; estas son las que de verdad comienzan a aspirar en la forma que hemos dicho. Vienen las iniciadas; ellas al dar, un paso más en los grados de la Alianza, se supone que, sin volver atrás, siguen avanzando. Vienen, luego, las formadas, y éstas al ser clasificadas con este nombre son consideradas como aliadas perfectas y, como tales, pueden ser presentadas como verdaderos modelos de la Obra; viven la ple-

nitud de la vida que la Alianza propone y fomenta para sus hermanitas. Pero aún no ha terminado la carrera de una aliada en la Obra. Queda el grado supremo de las hermanitas internas. En este grado, como fiel esposa de Jesucristo, la hermanita tiene que ser santa.

Aspiran a la santidad, la santidad es la unión íntima con Dios y la unión con Dios supone el desprendimiento de las criaturas. He ahí el primer trabajo en nuestra Obra: *dejar*. Comenzamos dejando el mundo, sus pompas, sus alegrías vanas, sus placeres, sus honores, y todos sus atractivos; dejamos nuestros gustos, nuestros caprichos, nuestros pareceres; dejamos nuestro propio yo, para ir directamente en busca de Dios, su Voluntad, su amor, su sonrisa. Para conseguirlo es menester que seamos generosos, no pongamos límites a las inspiraciones de la ---

Gracia, a los medios que la misma Obra nos ofrece, a la dirección de nuestros superiores y todos los demás procedimientos que Dios amorosamente emplea para hacernos avanzar en el camino comenzado. Caminar, y caminar dejando expedita la senda que llevamos; dejando todo tropiezo, todo lo que pueda entorpecer nuestros pasos. Dejar todo lo que exteriormente nos embaraza y lo que interiormente nos distrae, nos divide, nos ocupa. Querer ser santa y al mismo tiempo andar por el mundo con el corazón entretenido en sus bagatelas es engañarse miserablemente. Para poder darse a Dios es indispensable no darse a nada ni a nadie, porque si una criatura ocupa parte de nuestro corazón, allí no puede reinar plenamente nuestro Divino Jesús.

Para vosotras, pues, no hay más que un ideal, no hay más que un blanco y en ese blanco ha de dar todo vuestro ser, vuestros sentidos y vuestras potencias, vuestros traba

jos y vuestros amores. Darse a Jesús y dar a Él todo lo que somos y todo lo que hacemos; darle nuestras obras, corporales y espirituales, sacrificarle nuestros gustillos, caprichos, lo que más amamos, darle lo que más le guste aunque ello a nosotros nos disguste; en una palabra: darle todo y no negarle nada. Esa es perfecta vida de una esposa fiel; ocuparse en su Amado, haciendo consistir su verdadera felicidad en buscar y hacer feliz, a la medida de sus fuerzas, a su Amado; a eso se reduce todo su trabajo, toda su vida, para eso solo vive y para eso solo vivirá por toda la eternidad.

Aspiran a la santidad; pero buscamos una santidad sencilla y escondida. Las hermanitas serán santas y lo serán sin que nadie se dé cuenta; este es el gran contrabando que muchas almas han pasado por las fronteras de la eternidad sin que -----

nadie les haya echado el alto. Muchas almas no están en los nichos de un retablo, porque, como dice San Antonio, no ha querido el Señor revelarnos la secreta santidad de sus almas. (1) Almas pequeñas, sencillas, perdidas en el trajín de la vida, cuya santidad pasó desapercibida hasta de sí mismas, serán un día en la gran parada del Juicio Final, la sorpresa de los que convivieron con ellas y de todo el mundo.

La Alianza quiere sacar santitas de primer orden, de un oscuro taller de costura, de una fábrica, de un escondido caserío, de una oficina, sin que éstas hagan en esos lugares portentos ni milagros, sino tan solamente viviendo dentro de aquel bullicio, escondidas en sí mismas, con Jesús, obsequiándole a Él con la labor de sus

(1) Citado por el Papa Benedicto XIV en su obra de la *"Beatificación y Canonización de los Siervos de Dios"* Tomo L capítulo 13, número I6.

manos, con los pensamientos de su mente, con las palabras de su lengua, o con el silencio voluntariamente practicado, con la obediencia de su voluntad, con amor ardiente de su corazón.

Las aliadas serán santas como su Madre y Señora la Virgen Santísima, que lo fue en la casita de Nazaret, sin abandonar los quehaceres sencillos, humildes, muy corrientes y muy humanos, de la vida de un artesano pobre y oscuro.

Todo Nazaret conoció a María, como a una de tantas vecinas sencillamente buenas de aquel pueblo, y nadie llegó a vislumbrar siquiera los resplandores de una inefable y maravillosa santidad, que encerraba dentro de su inimitable .pequeñez.

María era santísima y la mayor parte de su vida consistió en los quehaceres domésticos, junto a su fiel esposo San José, vida puramente seglar, ocupada por lo tanto en las cosas materiales, propias de un hogar

más bien necesitado y por lo tanto bastante alcanzado.

Pero dentro de aquél vacío, de aquella privación hasta de las cosas necesarias, vivía, ocultando sus resplandores divinos, Jesús, su amado Hijo y su Dios soberano y María, en medio de sus tareas diarias, nunca perdía de vista a su dulcísimo Jesús; y de Aquél a quien ella, dio el ser, recibía continuamente celestiales raudales de vida divina y sobrenatural.

Este es el gran secreto de la santidad: valernos de la vida presente, lo suficiente, para conservar nuestra existencia en este destierro, y todo lo demás enfocarlo, por medio de una fe viva y un amor ardiente, en Jesús, nuestro ideal y nuestra suprema aspiración.

Tener a Jesús en casa, vivir con Jesús en el corazón, constituir un hogar misterioso con El, haciendo que participe, con nosotros, de las más íntimas y secretas

comunicaciones de familia; poniéndole a nuestro lado, señalándole la tarea de nuestros trabajos, mirándole cómo obra con nosotros y en nosotros, contemplándole ya con la sonrisa en los labios, ya fatigado, ya triste, buscando Él nuestra ayuda, pidiéndonos un favor; y nosotros sirviéndole en todo, consolándole, recreándole, haciéndole sonreír sacrificándonos por El, sufriendo todo por Él, olvidándonos de nosotros mismos para convertirnos en generosas servidoras y esclavas de su Amor. Allí en ese hogar como en el más escondido y misterioso altar, las inmolaciones más costosas del alma. Allí los vencimientos secretos de nuestro carácter, allí el silencio de la lengua para dejar hablar al alma, allí el trabajo difícil de las manos verificado con prontitud por su amor, allí una reprensión quizás inmerecida llevada no sólo con resignación sino con agrado, allí las elevaciones más espirituales de nuestra alma,

los coloquios más ardientes, las peticiones más vehementes y las trasportes de amor más encendidos y divinos.

Y todo esto cabe en un taller, en una oficina, en la calle y en el campo; y las hermanitas viviendo así en el siglo, serán santas sin ningún ruido, escondidas, desapercibidas y tal vez despreciadas de los suyos y perseguidas de los ajenos.

¡Oh, sí, hermanitas de la Alianza, vosotras seréis santas, sin temor a que un Hábito os descubra, como tales, ante las miradas de vuestros admiradores! Santas con sombrero y mantilla, santas con vestidos de seda y de percal; santas con zapatos y con alpargata, santas con manos blancas y con manos callosas llenas de cicatrices.

Aspiráis a la santidad, y las que aspiráis *eficazmente* seréis santas.

VI

BUSCAN EL TRIUNFO DE LA PUREZA ANGÉLICA

En otro opúsculo que Dios mediante hemos de dedicar al capítulo III «Fines de la Alianza», habremos de tratar con más amplitud y extensión de este punto y el siguiente.

Quedaría sin embargo, incompleto nuestro trabajito presente, si no hiciéramos breve mención de esta última parte de la definición de la Alianza que es la misma que allí hemos de explicar.

Estas almas de la Alianza que, consagradas a Jesús, aspiran eficazmente a la perfección, no caminan por cualquier senda que se les antoje; tienen ellas señalado un pequeño caminito, muy especial y propio que la Alianza ha adoptado para sí.

Dios tiene muchos medios e inmensa variedad de caminos para guiar a las almas a la cumbre de la santidad.

En las distintas épocas y según la conveniencia de los tiempos, ha inspirado Dios a sus santos diversas sendas, adecuadas perfectamente a las circunstancias, y a ellas ha convidado con vocación especial a legiones de almas que han brillado en santidad en la Iglesia Católica.

Brillan como astros de primera magnitud en la Iglesia los antiguos y modernos anacoretas por el *camino* del silencio y de la oración. Los hijos de San Pablo van por el camino de la cruz; los de San Francisco por el de la pobreza; los de San Vicente, San Pedro Nolasco, San Juan de Dios y otros por el de la caridad. Unos han tomado por estandarte y seña el santo Rosario; otros la Santa Eucaristía y no pocos la obra de la reparación.

También la Alianza ha adoptado su caminito especial, y por él van y por él deberán ir siempre las fervorosas hermanitas que a ella pertenecen. Este caminito es el de la PUREZA.

Una hermanita de la Alianza dejaría de serlo si no enfocara toda su vida en la virtud angélica.

Dos razones tiene la Alianza para adoptar este camino: a) Porque la Alianza es una especie de religión o vida religiosa en el mundo; y para sus seguidores uno de los mayores obstáculos con que se tropieza hoy es la provocación escandalosa de la sensualidad que las seduce y las arrastra a los placeres de la carne.

El camino ancho hoy en el mundo, de los mortales, es el de la lujuria. Esta es la vía ancha que conduce a la perdición; es el camino bordeado de jardines, alfombrado de rosas, perfumado de ricas esencias, donde todo es llano, compañías alegres, panoramas

encantadores, músicas deleitosas, etc., y los que van al infierno casi todos van por él.

Frente a él otro camino estrecho y espinoso deberá ser el de la pureza. Y la Alianza marca para sus hermanitas este especial camino.

b) Jesús vino al mundo por el camino de la virginidad. María es el camino misterioso por donde Dios bajó a la tierra y por ende, por la virginidad, va el mundo a Dios.

El mundo se divorcia de Dios y Dios se retira del mundo, porque en el mundo se ha perdido el camino de la pureza.

¡Desventurados nosotros que vivimos fuera en el mundo, de donde a Dios se le va desterrando!

La Alianza tiene la pretensión —es pretensión fundada en la confianza divina— de hacer reinar a Dios en medio del mundo, llevándole triunfante por el camino real de la santa pureza.

Pero entiéndase que este camino no es para encontrar a Jesús al llegar al Cielo. No. Jesús anda por el camino de la pureza y al comenzar a recorrerlo le encontramos a Él. Quien anda en este camino anda con Jesús.

La Alianza ha venido a preparar los caminos del Señor, creando y alimentando en su seno almas blancas, almas-lirios, almas ángeles.

El Hijo de Dios no halló lugar limpio en el mundo y creó una Virgen. ¡Santa e inmaculada virginidad que a quien no cabía en los Cielos le encerraste en tu purísimo cáliz!

He ahí el objetivo inmediato de la Obra de la Alianza, ahí su caminito especial: la *pureza*; y esta virtud el *caminito* para ir a Jesús; y las almas que la poseen carrozas que le llevan triunfante por donde tal vez pocas veces o nunca ha pasado su Divino Corazón.

Vengan almas-azucenas, derrámense por pueblos y villas, por calles, plazas y mon

tes, por talleres, escuelas, fábricas y oficinas y por ellas vendrá a reinar el que por una Virgen quiso venir a morir.

VII

BUSCAN EL REINADO DEL AMOR A JESÚS

He aquí el supremo ideal de la Alianza, la suprema aspiración de ella, su fin primerísimo y esencialísimo: amar a Jesús.

Amar a Jesús como se le ama en el claustro y en las celdas de la más rigurosa y austera comunidad religiosa; amar a Jesús en ese mundo que no ama porque ama demasiado; amar Jesús en el trajín de la vida seglar en medio de la agitación mundanal, ruido de máquinas, silbido de trenes, rodar de coches y de autos y gritería de gentes distraídas y olvidadas de su Dios. Amar a Jesucristo ahí donde nadie le ama y donde muchos le ofenden. Amar a Jesús en el rincón de un tranvía donde los ocupantes leen prensa, hojean revistas, hablan de lo --

que no es conveniente oír y exhiben lo que no es lícito ver. Amar a Jesús en la sillita del taller, mientras, las compañeras se distraen en mil bagatelas, sueñan en peligrosas aventuras, conversan sobre materias resbaladizas, cantan amores que mancillan. Amar a Jesús frente al cuadro de un teléfono, por donde tanto se parla y tanto se escucha y por donde rara vez se oye y se habla y se ama a Dios. Amar a Jesús atravesando plazas y calles, llenos de gente distraída que lleva su mente y su corazón en intereses terrenos, preocupaciones humanas, locas vanidades, soñando honores, mendigando cariños, ansiando placeres. Amar a Jesús entre miles de almas frívolas y derramadas, que no aman ni saben amar y entre quienes necesariamente es preciso vivir.

Hoy para amar a Jesús las almas se van del mundo, se esconden en la soledad, huyen del ruido.

El amor triunfa en los claustros.

¿Quién ama a Dios en medio del mundo? ¿Quién siente el calor espiritual de los corazones al atravesar esas calles? ¿Quién en los talleres? ¿Quién en las playas, en los bailes, en los teatros? ¿Dónde se ama a Dios? ¿Quién ama? El amor no es amado, ha dicho un Santo, y Jesús mendiga el amor. Tú al menos, dice a Santa Margarita: ámame. He aquí el corazón que tanto ha amado a los hombres.

Ahora bien, la Alianza quiere amar a Jesús allí donde es ofendido ¡Oh si llegáramos a amarle tanto y en tantos lugares en cuantos es ofendido! ¿Lo conseguiremos? Quiéralo Jesús.

